

Colaborador

“La gracia de estas canciones es que no tienen respuesta. Como te vaya dando demasiadas pistas, se rompe ese pequeño secreto que guardas cuando escuchas, esa asociación de ideas, esa magia quizás. A mí me gusta más preguntar cosas que responderlas”.

Me cuesta oír a Miguel pero como habla lento, lo alcanzo cuando se calla. No me sacó los ojos de encima en toda la entrevista, unos ojos chicos de diablo, transparentes, agresivos. Su voz amplificadora en el grabadorcito es verlo de nuevo a él y a Pedro, caminando como hienas en el camarín de *Circus*, desesperados y elásticos, antes de que empiece el show. Peleé porque me incluyeran en esa lista, por tener un lugar en el micro a Rosario. Cuando empecé en esto, quería dos cosas: ver mi nombre impreso en las páginas de La Rocka y charlar cara a cara con Miguel.

Freno y rebobino.

El micro sale del zoológico a las nueve. Marone y la chica de prensa nos ven llegar mal dormidos o trasnochados. Saludo a las caras que me cruzo en recitales y presentaciones, y me quedo a un costado del escolar naranja, revisando mi libreta de apuntes. Próspero Bruzzo, el fotógrafo estrella de La Rocka, será mi compañero en este viaje. Nunca nos cruzamos en la redacción, pero lo conozco por la fotito del staff. Pelada prematura y completa, mirada de tipo serio, algo rellenito. Alberto y él compartieron otros proyectos editoriales, más bien independientes, hasta que los inversores del Grupo cayeron con la idea de hacer un producto que le comiera público a Inrockuptibles y Rolling Stone. Una publicación de carácter nacional, podría ser el subtítulo de La Rocka. La innovación más notoria figura en tapa: chicas sexys, desconocidas y semi desnudas, que imitan alguna imagen clásica del rock. Dicho así, parece una pavada pero los primeros números de la revista provocaron un rechazo muy fuerte entre los colegas. Los kioskeros la exhiben bastante y la publicidad crece mes a mes.

Entré a La Rocka por la ventana. Yo era lector de la revista y en mis sueños de ducha fantaseaba con poner mi firma en una nota descollante, llena de guiños y chistes. Impulsado por mi novia, le mandé un sobre a Alberto con una fotocopia de un artículo mío publicado en Tirada corta, un diario de la facultad; un saquito de té para estimular una lectura relajada; y una carta donde me daba a conocer y le pedía una entrevista.

A las semanas me llamaron para una cita en la redacción. Nunca había estado en una, así que de entrada me sentí atrapado por ese clima de vértigo y socarronería que había alrededor nuestro, mientras charlábamos con Alberto. Tipos hiperkinéticos iban y venían con papeles en la mano, chicaneándose en voz alta. Atrás de los monitores, unas caras recias de ojos concentrados levantaban la vista cada tanto para preguntar: cómo se escribe, cómo se llama y así.

Alberto empezó por hablarme de La Rocka como si yo no la conociera. Ponía cariño en sus palabras, como refiriéndose a una novia nueva. Quiso saber más de mí (estudios, trabajos, gustos musicales) y me hizo sentir halagado cuando elogió con reservas mi artículo sobre los discos tributo. Mientras hilaba la charla, respondía mails y consultas de sus redactores, pedía y se tomaba un cafecito. No lo dijo pero, en un momento, me pareció que yo le hacía acordar a él cuando era chico. Me explicó con algo de culpa que, por cuestiones administrativas, la revista (bah, el Grupo) no podía absorber más personal y entonces:

—¿Qué te parece si hacemos una prueba? Si nos gusta tu trabajo, te sumás al equipo de colaboradores.

El cielo se abrió para mí y me tiré de cabeza a ver qué había del otro lado.

El celular me saca de adentro. Segundo mensajito de mi novia en menos de una hora. Mientras leo por encima su “¿Todo bien?”, veo en el horizonte la pelada de Próspero, anteojos oscuros redonditos, campera negra de cuero con cierres. Me adelanto para saludarlo y cuando estoy por presentarme, gira apenas y se da un abrazo de amigos con Marone, de esos en que los varones terminamos palmeándonos las

mejillas. Cuando besa a la chica de prensa, le toca la cintura, elogia sus botas, le dice algo al oído que la hace reír.

—¿Próspero? —lo intercepto.

—¿Vos sos...?

—Lucas, escribo para La Rocka.

—Ah, ¿cómo estás?

Cruzamos unas palabras y enseguida se aleja. Otros lo reclaman. Marone gesticula para que nos acerquemos al micro y a medida que vamos subiendo, la chica de prensa tilda nuestros nombres en una lista y nos entrega una bolsita sellada con el disco nuevo de Miguel, *Chorro de luz*. Antes de entrar a La Rocka, no recibía estos regalos y reconozco que me acostumbré fácil al dulce. Puede sonar idiota pero ver gratis recitales por los que antes pagaba la entrada me da la sensación de ser alguien.

No voy a ninguna parte sin el discman y mi estuche con discos, menos si es un viaje de horas como este. Me acomodo rápido en un asiento a mitad del micro, del lado de la ventanilla, y me zambullo en las letras de *Chorro de luz*. Pienso y anoto al vuelo: “Después de *Malditos* y *Nada*, la pluma de Miguel se lanza por fin hacia horizontes más claros”. A Alberto le gustan estas frases, dice que marcan el tono de la revista. Me muero por calzarme los auriculares y poner a volumen diez las canciones que estoy leyendo, pero socializar es parte del trabajo.

Próspero se sienta en el apoyabrazos, al lado mío, con medio cuerpo afuera. Los dos que están adelante nuestro se dan vuelta y cambian con él anécdotas del ambiente. El micro arranca y Marone avanza por el pasillo como un profesor de gimnasia, contándonos con los dedos a ver si falta alguno. Del bolsillo de la camisa, saca y nos ofrece una cajita de cigarrillos cargada de porros. Cuando salimos a la General Paz, el micro es una humareda tentada de risas y charlas superpuestas. Ahora sí, encajo el disco en el agujero, cierro la tapa y pongo play.

“Nunca leo lo que se escribe sobre mí. Es que siempre hablas un poco como te quiere hacer hablar el periodista. A veces pareces un intelectual, a veces un reo. O hablas de más de un tema a la vez. Y hay

entrevistas que son sobre cosas que jamás dijiste. ‘¿Tú dijiste esto y esto y esto otro?’ No, o sí, o no sé, o ya mañana cambio de idea. Casi nunca estoy de acuerdo con lo que digo.”

Miguel entró en una nube negra de silencio y a mí la cabeza se me puso en blanco. Arañaba pedazos de preguntas para no cortar el hilo pero sólo aparecían palabras sueltas, desesperadas. Oigo mis movimientos incómodos en el sillón donde estábamos sentados, y la fricción de mi ropa contra la cuerina tapa una frase corta de Miguel que no puedo reproducir aunque rebobine y la escuche cien veces.

Cuando le propuse esta nota a Alberto, se negó porque faltaba lo que nos pide siempre: un nexo con la actualidad. Todavía no estaba confirmada la gira de Miguel, ni era seguro que la sede local de la compañía sacara *Chorro de luz*. Me explicó con su tono docente, descarnado:

–Una revista que tira miles de ejemplares, no se arma con los caprichos de los colaboradores. Hay un montón de bandas que me gustan mucho pero tengo que dejarlas afuera, porque se van de nuestra línea.

Un mes después de esta charla, el deseo le ganó a la realidad. A través de un colega, me enteré que Miguel bajaría por primera vez al Río de la Plata para tocar en Rosario, Córdoba y Montevideo.

En una misma tarde mandé dos mensajes claves: uno a Pedro, el manager de Miguel, y otro a Marone, el públicas de la compañía. Quería garantizarme una entrevista cara a cara con el tipo que escribe las mejores canciones en español. Cosas de la comunicación, la respuesta de Pedro llegó mucho antes que la de Marone. En un tono exultante me decía que sí, que encantado, cuenta con eso.

Bajamos del micro en la puerta del Hotel Imperio. Parecemos una big band de forajidos que cambiaron sus instrumentos por mochilas y trípodes de cámaras. En el hall del hotel, Marone nos da las nuevas instrucciones: conferencia de prensa a las tres en un salón ahí mismo, tarde libre, recital a las diez de la noche.

Voy a parar a una habitación doble con Próspero y vista a la peatonal. Un biombo negro divide el ambiente en dos, y las camas con su mesita de luz arman una simetría que nos da intimidad. Saco del bolso el grabadorcito, las pilas y los casets, mientras converso con Próspero biombo de por medio.

—¿Es tu primera gira?

—Sí —le digo.

—Vas a ver que te vas a divertir.

Escucho el chispazo de un encendedor y a los pocos segundos me llega ese olor inconfundible.

—¿Querés?

Próspero asoma la cabeza y me encuentra sentado en la cama con los auriculares descansando en el cuello.

—Dale.

Le doy un par de pitadas y se lo devuelvo.

—Tuve una hija hace seis meses y es la primera vez que la dejo sola con mi mujer...

—¿Y la extrañas?

—No sé, no te puedo decir todavía, pero es raro...

—¿Qué?

Se queda callado, los ojos idos en la ventana, el brillo del sol reflejado en su cabeza. Suena mi celular, veo el número de mi novia y atiendo.

—Hola, amor, ¿estás bien?

—Sí, ¿por?

—No sé. Como no me llamabas, pensé que te había pasado algo.

—No, quedate tranquila. ¿Vos cómo estás?

Próspero se descuelga de algún balcón vecino, me levanta el pulgar y se va para su parte del cuarto. Sigo la charla en piloto automático, diez minutos que me dejan la oreja tostada. Exagero un poco mis ocupaciones en Rosario y prometo llamarla en unas horas, cuando tenga un rato libre.

Próspero vuelve a asomarse con la tuca entre los dedos, cerca de los labios.

–La próxima cortála en seco –dice con la voz aspirada y larga despacio una nube de dragón que inunda mi zona. –Nada te tiene que arruinar un viaje de estos.

Lo miro sin decir nada.

–Voy a dar una vuelta. ¿Querés venir?

–No, gracias. Me quedo.

Cuando escucho el golpe de la puerta, me estiro en la cama y voy directo a las canciones que más me gustaron de *Chorro de luz*. “Invierno” me eriza la piel. Empieza con el sonido del viento y una guitarra acústica rasgueada como a desgano. La voz más grave de Miguel canta una historia de amor en dos minutos y medio, que termina así: “Hasta los rayos más fríos / nos fortalecen”.

Bajo al hall del hotel con mi grabador en punta y me entero de que Miguel suspendió la conferencia. Puso un cartel en la puerta de la sala que dice con marcador y en mayúsculas: “SIN PALABRAS”. Hay un ánimo compartido de decepción y sorpresa entre los que estamos ahí, mucho murmullo embroncado. Un grupo de colegas rodea a Marone y me acerco para sacar algún dato. A la pasada, escucho:

–Siempre hace estas cosas...

–Es un gallego de mierda.

Marone calma nuestra inquietud, prometiéndonos la nota para más tarde. Al lado suyo, en lugar de la chica de prensa, hay un tipo callado, con la cara chupada y anteojos de miope, que de golpe interviene:

–Tranquilos, vais a poder hablar todos con Miguel.

–¿Pedro? –le digo.

–Sí, ¿qué tal?

Nos damos la mano.

–Yo soy Lucas, de La Rocka, nos escribimos...

–Sí, claro –me interrumpe–, me acuerdo de ti.

Le explico vertiginoso la importancia que tiene para mí hacer esta entrevista, el antes y el después que significó en mi vida conocer las canciones de Miguel, y algo en mis palabras o en mi insistencia lo conmueven.

–Vente en un par de horas a la prueba de sonido.

La tarde está luminosa y la ciudad a mi disposición. No vi a Próspero en el hall. Ojalá lea el mensaje que le dejé y llegue para la nota. Voy con el discman a todo volumen por el centro de Rosario. Me hace acordar a Buenos Aires y a Mar del Plata. Imagino que en invierno debe ser muy lúgubre, ahora no se puede respirar del calor. Miguel canta en mis auriculares: “Apuesto a que no sabes / por las cosas que he pasado / sólo para traerte / una canción solitaria”.

Doy vueltas por calles estrechas, agobiantes, casi vacías, hasta que me meto en un bar viejo, con ventanas de marco de madera, piso de mármol vetado y bastante espacio entre las mesas. No tiene aire acondicionado pero como la mitad está en sombras, corre un aire suave. Estoy por sentarme, cuando escucho:

–Luuucas, ¿cómo estás, nene?

Es Luis Dolfer, el padre de un amigo, que vive acá hace dos años y trabaja como periodista de espectáculos. La última persona en la Tierra con la que quiero encontrarme. Cuando empecé la facultad, fui a verlo a un bar en San Telmo, cerca del diario donde trabajaba, con la esperanza de que me abriera alguna puerta. La charla duró poco, me pintó un panorama desalentador y, como no tenía cambio, le pagué el flan con crema que se comió en dos bocados.

–Ah, La Rocka –me dice y cierra el diario. –La vi, sí.

–¿Y qué te parece?

–Está bien, ¿no?

Luis tiene anteojos de viejo, con vidrios gruesos y marco de plástico marrón.

–Es como lo que se hace ahora –completa. –Te dicen un poco de todo pero mucho no te dicen nada...

Su pesimismo cae como un peso sobre mi cuerpo, igual que la otra vez. De parado, me distraigo con un titular del diario que tiene encima de la mesa: “Los Canallas van por más”.

–Antes había otro desarrollo, tenías espacio para contar una historia y opinar. Hoy lees lo que se publica y te querés cortar las manos...

–¿Por?

–Es todo muy corto, el dato, la pastillita. Nadie se la juega.

Luis hace un gesto para que me siente y le pide una cerveza al mozo.

Apoyo el discman en la mesa y me dice:

–¿Qué estás escuchando?

–*Chorro de luz*, el último disco de Miguel.

–Ah, el gallego –dice de costado. –¿Y es bueno?

Me lanzo a contarle cosas del disco, de la gira, lo que Miguel significa para mí, mientras se sumerge en el vaso de cerveza y me mira desde adentro. Cuando sale, con un bigote de espuma alrededor de la boca, dice:

–Si quieres durar en esto, no te enamores de nadie.

Es lo último que escucho atento. Cuando Luis da sus razones, me limito a responder corto para que siga, hasta que se acaba la cerveza y me levanto para irme.

–Dejame lo que puedas, nene. Lindo verte.

Salgo del bar y me conecto a los auriculares.

“A mí me gusta pasar de todo. Yo voy andando y paso. Ya no me acuerdo dónde estaba viviendo hace dos años. Sólo en el escenario se me quita esa sensación de estar en todas partes y en ninguna.”

Me parece ver todavía las pupilas marrones de Miguel perforándome, el mechón de pelo negro que se despejaba con la mano cada vez que se ponía a hablar. Desde que puse un pie en el camarín, Pedro me ofreció de todo. No supe o no quise negarme. A medida que pasaban los minutos, me sentía más y más inquieto, enjaulado adentro de mí, con un acelere superior a mis nervios. En esta parte de la charla que desgrabo ahora, empezó lo que no estaba pautado, cambiaron los roles y un agujero negro que no cierra se abrió en la entrevista.

El día antes de salir para Rosario, sonó el teléfono en casa. Era Alberto.

–Te voy a dar cuatro mil caracteres. Quiero que la nota parezca escrita por un fanático.

–Perfecto –dije.

–Por un fanático, eh. No por un boludo.

Fijamos una fecha de entrega y cortó.

Derivo en una feria gigante, pegada al río, llena de carpas de circo más chicas, con un mostrador largo y una caja registradora en la punta. Venden comidas típicas y bebidas, cada una representa a un país. Algunas tienen un escenario vacío al costado del puesto y escenografías baratas, que reproducen el Partenón, la torre Eiffel, una mezquita. Voy por esta síntesis del mundo desbordada de familias, escuchando: “Cuando te vi / vi el futuro del futuro / y qué hacer.”

Me tiro en el pasto a repasar las preguntas que anoté en la libreta. Son demasiado largas, no preguntan nada: pretenden constatar o dar a conocer una ocurrencia mía. Alberto lo dice siempre: “Hay que preguntar *casi casi* como si uno no supiera”. Falta media hora para la entrevista y el miedo de charlar con Miguel se me expande como un fluido desde la boca del estómago a la punta de las manos. Siento la vibración del celular en el bolsillo. Mi novia me pide que la llame. “Termino la nota y te llamo”, le escribo, “Besos”.

Hago una pasada en limpio, anoto alguna pregunta más, y cierro la libreta después de memorizar el orden. Ya está.

Bordeo una estación de tren sin uso, bien mantenida, cerca de la feria. No puedo creer lo que veo. Miro de vuelta, miro mejor. En la punta del andén, con la espalda apoyada contra una columna de hierro, Miguel. Remera a rayas, jean negro, gafas oscuras. Parece una estatua viva. Me doy a un diálogo interno delirante, segundos de angustia comprimida, hasta que callo a las voces y me acerco.

–Hola, Miguel.

–Hola –dice.

–Lucas –le extendiendo la mano y me da la suya. –Escribo para La Rocka.

–¿La roca?

–Una revista de rock de acá.

–Ah. ¿Y tú qué haces?

–Soy colaborador, escribo sobre...

–¿Y en qué colaboras?

Cómo en qué colaboro, pienso y le digo:

–Haciendo notas. Pedro me dijo que vaya a la prueba de sonido así charlamos.

–No hago prueba de sonido.

–¿Nunca?

–No. Sólo en Rosario.

Miguel vuelve a su estado de piedra. Respeto su silencio hasta que la incomodidad me empuja a romperlo.

–Me gusta mucho “Invierno”, es increíble lo que dice. Bah, todo el disco está muy bueno.

–Gracias.

Nunca pensé que lo iba a tener a esta distancia. Es más alto de lo que imaginaba y mucho más seco, irradia una energía eléctrica.

–Vente donde tocamos antes del concierto y hacemos eso.

–¿A qué hora?

–A las nueve, ¿vale?

–Dale.

Voy en el aire. Rosario es la ciudad más hermosa que vi en mi vida. La gente está en la calle, hay mucho verde por la costa, subidas y bajadas, vistas del río alucinantes. Llego a la puerta del hotel hecho un huracán y salgo de la puerta al hall con una sonrisa de fuego. Pido mi llave de la habitación.

En el ascensor trato de entender lo que me acaba de pasar. No puedo.

El pasillo del piso es oscuro, tiene una alfombra marrón claro gastada, empapelado con guardas de flores chiquitas y ocho puertas de madera con números plateados. Meto la llave en la cerradura, la hago girar y abro.

La chica de prensa está en cuatro y Próspero desde atrás le da duro con la pelada apuntando al techo. Me quedo quieto unos segundos. Próspero me mira y se ríe. Cierro la puerta.

Subo a la terraza del hotel. Me miro en el espejo del ascensor para digerir lo que vi. Salgo a una pileta enorme con bar y vista al centro. Llamo a mi novia.

–Hola, amor, ¿no sabés lo que me pasó?

–¿Qué? –me dice. –Contame.

–Me lo encontré a Miguel en la calle, hablé con él.

–¿En serio?

–Sí. Lo voy a entrevistar antes del recital.

–Qué bueno. Me alegro mucho por vos.

–Gracias.

–¿Ves que sos un tipo de suerte?

Cuando entro en el camarín, Miguel está inclinado sobre una mesa, el pelo le cae sobre la cara. Come una pata de pollo con la mano y me mira como si hubiera visto a un bicho. Pedro me ofrece picar algo y acepto.

En las paredes hay fotos autografiadas por músicos argentinos y de afuera. Son todas de recitales que se hicieron en *Circus*.

Terminamos de comer y Pedro me invita a pasar a un sillón blanco de tres cuerpos, puesto contra una pared roja. Me siento en una punta y Miguel en otra. En el medio de los dos queda un lugar vacío.

–A mí me gustaría más charlar contigo que hacerte una entrevista.

Miguel se limpia la grasa del pollo con el dorso de la mano y no abre la boca.

Prendo el grabador y lo pongo en el asiento del medio. Ojeo la libreta y le digo:

–¿Por qué cuando te preguntan qué estilo de música haces, respondes “estados de ánimo”?

–No –dice y se toca el pelo. –Hago momentos.

–¿Cómo?

–Así.

Sus ojos están fijos sobre los míos, casi no pestañea.

—¿Y qué relación encuentras entre tus discos?

—Muchas —se toca el pelo— o ninguna. Fui yo quien los hice pero tampoco soy yo.

—¿Por qué no sos vos?

—Puede que sea la música...

Próspero hace su aparición en el camarín. Se da un abrazo con Pedro, le da la mano a Miguel y a mí me la estrecha con una mirada divertida.

Más tarde, me va a decir en un aparte:

—Hoy vos no viste nada, eh.

—Perfecto.

Se queda un poco más atrás, preparando la cámara, mientras nosotros seguimos:

—¿Qué es lo mejor que te dio la música?

—La música me da.

—¿Qué?

—Cosas —mueve las manos de un lado a otro—, unas cosas y otras cosas.

Se ríe con ojos perversos, sin fondo. Querría estar charlando con el tipo de esta tarde y no con este Miguel demonio. Próspero está sacándole fotos y su presencia no intimida ni se nota. Es un profesional.

—Tus dos primeros discos tienen una visión negativa en cuanto a como se dan o terminan las relaciones. Pienso en “No era”, en “Columna rota”. En cambio, aunque lo escuché poco, me parece notar que en *Chorro de luz* hay una búsqueda de claridad, una mirada más optimista...

—No. —se ríe. —O sí. No sé.

Pedro nos alcanza unos vasitos de tequila que tomamos de un trago.

—¿Reflexionas sobre lo que haces?

—A veces.

Miguel saca chispas por los ojos y yo me lanzo.

—A mí tus letras me parecen las mejores de todas.

—Gracias.

Se ríe y se rasca la nuca. Después me mira fijo, con impaciencia:

–Pregunta algo que te importe –me dice.

–¿Miguel? –dice Próspero. –¿Una sonrisa?

Miguel estira los labios hacia arriba sin mostrar los dientes.

–¿Tus canciones son sobre cosas que te pasan?

–¿Tú que crees?

–Que sí.

Clava en mis ojos sus pupilas marrones hasta que bajo la vista y se queda callado. Nunca me sentí tan incómodo como ahora.

–¿De qué hablan tus canciones?

–Dímelo tú.

Se ríe y se acerca un poco. Su pierna ocupa una parte del lugar libre entre los dos y dice:

–La gracia de estas canciones es que no tienen respuesta...

El tiempo empieza a correr a un ritmo más lento. Lo escucho concentrado, me subo encima de sus palabras.

–... sólo en el escenario se me quita esa sensación de estar en todas partes y en ninguna.

–¿Tocar en vivo es lo que más disfrutas?

–No.

Miguel se saca el pelo de la cara y me atraviesa con ojos transparentes.

–¿A mí? –dice. –A mí me gusta irme. Mi pasatiempo es no estar.

FIN